

La moralidad del sistema de mercado

R. M. Hartwell

"Y la civilization actual tiende con tal fuerza a hacer que el poder de las personas que actúan en masas sea el único poder sustancial de la sociedad, que nunca hubo una necesidad mayor de rodear la independencia individual de pensamiento, de palabra y de conducta con las defensas mas poderosas, con el fin de mantener aquella originalidad de la mente y aquella individualidad del carácter que son la única fuente de todo progreso verdadero y de la mayoría de las cualidades que hacen que la raza humana sea muy superior a cualquier manada de animales".

J. S. Mill

Este trabajo se ocupa de la moralidad del capitalismo y de la moralidad de quienes critican al capitalismo, según la visión de un historiador económico cuyo quehacer profesional se ha centrado en la historia del capitalismo industrial moderno. Sin embargo, yo no soy economista, filósofo ni abogado —los profesionales académicos que han dominado el debate sobre la justicia y moralidad del capitalismo— de modo que opino mas como hombre de la calle que como academico. Mi enfoque a este tema es histórico y de sentido común y no teórico. Me veo a mi mismo como el ciudadano interesado que quiere vivir en una sociedad "buena y justa", pero que,

Profesor de Historia, Nuffield College, Oxford University, Inglaterra.

porque se encuentra continuamente bajo el ataque de afirmaciones respecto a la profunda inmoralidad e injusticia de la sociedad capitalista en la que vive, y de afirmaciones sobre la superioridad ética de un sistema social de alternativa, estima necesario verificar la veracidad de tales afirmaciones en aras de su propia tranquilidad de espíritu.

Comienzo con dos observaciones interrelacionadas sobre la moralidad. Primero, me parece que no existe un patrón moral absoluto y único que permita juzgar a una sociedad. Segundo, no es realista examinar la moralidad de ninguna sociedad en forma aislada; por ejemplo, el costo de oportunidad de no tener el capitalismo —con su moralidad— es el de tener un sistema económico alternativo, el socialismo o el Estado fuertemente intervencionista —con su moralidad—. En cuanto al primer punto: es evidente que la condición humana en cualquiera sociedad es tan variada y tan compleja que no puede haber una sola prueba de moralidad capaz de abarcar su realidad social. No obstante, los críticos del capitalismo lo condenan absolutamente con un solo criterio, la inmoralidad de la desigualdad; y dan por supuesto que todos los hombres buenos están de acuerdo. De hecho, esta condena se reduce a la proposición negativa de que el capitalismo sería aceptable para la mayoría de la gente solamente si la desigualdad distributiva pudiera justificarse moralmente y, por lo tanto, convertirse en algo social y políticamente aceptable. Respecto al segundo punto: puesto que los críticos del capitalismo acompañan su condena del sistema de mercado con una alabanza al socialismo, y afirman que el socialismo tiene menor desigualdad, y que, por lo tanto, es menos inmoral que el capitalismo, es muy importante aclarar nuestra actitud respecto al capitalismo mediante una cuidadosa comparación de los dos sistemas desde un punto de vista moral.

Hay dos complicaciones más. Primero, no existe concepto de moralidad ni ético que sea aceptado universalmente. Por ejemplo, en ciertas sociedades el aprovechamiento de cargos públicos para beneficiar a los parientes y amigos es corrupción; en otras, ello es de alta moralidad. Tampoco todos igualan igualdad con moralidad y justicia, ni todos creen que el socialismo sea moralmente superior al capitalismo. Es obvio que existen una diversidad de patrones morales y distintos tipos de justicia, los que compiten y se contraponen, y concitan

la lealtad de personas diferentes y sociedades diferentes. Si bien es razonable argüir que se juzga a una sociedad —parcialmente— según ella sea justa o moral, los que la juzgan no están forzosamente de acuerdo acerca de lo que es justo y moral, y usan, además, otros criterios para juzgar a las sociedades; por ejemplo, la capacidad que tiene una sociedad para elevar los niveles de vida de la masa de su población. La justicia y la moralidad tienden a ser del color del cristal con que se las mira y reflejan, ya sea la moral general de la sociedad, o bien un código de moral definido por algún grupo o institución al que el individuo debe fidelidad (como un partido político, una iglesia o un gobierno). Segundo, ¿no es un hecho que la justicia y la moralidad no son gratis y que a menudo implican costos elevados? Puede que la justicia de una sociedad específica no sólo refleje sus valores morales, sino que también esté parcialmente determinada por su costo; una sociedad, de hecho, puede tener la justicia que es capaz de afrontar y no la justicia que le parece deseable. Las sociedades ricas, por tanto, pueden afrontar una justicia cara y una moral costosa. Por ejemplo, mantener la moralidad de la prohibición tuvo un costo enorme para los Estados Unidos y además se oponía a otros valores morales deseables, tal como la libertad de elección en materia de consumo.

Pero aun con los distintos reparos en torno a la naturaleza de los valores morales —su relatividad, por ejemplo— ninguna sociedad puede funcionar sin ciertas reglas básicas de conducta, un código moral o ético exigible por ley, que permitan que los individuos convivan con aquel grado de estabilidad y continuidad, que son las principales características de "una sociedad". En el pasado —en los siglos XVIII y XIX— éste código moral mínimo estaba dirigido hacia el control de la agresión, hacia la protección de las personas y de sus bienes. En cambio, en el siglo XX, se escucha cada vez más el argumento de que también hay una necesidad básica de "justicia distributiva", de una ética o de una moral de redistribución como característica esencial de una sociedad justa. Sin embargo, no existe acuerdo general en cuanto a que deba haber redistribución ni, de haberla, sobre qué forma debería tener. El espectro de opiniones va desde quienes niegan la inmoralidad de la desigualdad distributiva, y, por lo tanto, se oponen a la redistribución, hasta quienes piensan que toda desigualdad distributiva es inmoral y abogan por la igualdad abso-

luta y, por tanto, por la redistribución en gran escala. Hay quienes piensan que la justicia redistributiva significa sólo igual distribución de oportunidades, no de compensaciones, y que están dispuestos a aceptar la desigualdad en las compensaciones en aras del desarrollo potencial que la igualdad de oportunidad ofrece al individuo.

II

Todo este desacuerdo confunde al ciudadano responsable. ¿Por dónde debe comenzar si pretende llegar a alguna conclusión respecto a la moralidad del capitalismo? Como historiador, pienso que debe comenzar por la historia, por el pasado del capitalismo. Con toda seguridad, una visión de la historia basada en el sentido común alabaría al capitalismo industrial moderno. Mientras durante la mayor parte de la historia el destino de la humanidad había sido una dolorosa combinación de pobreza, enfermedad, ignorancia, hambre y corta vida, ese destino cambió radicalmente en las economías industrializadas de mercado de los dos últimos siglos. Inglaterra primero, luego de milenios de crecimiento lento o nulo, y después otras economías europeas, comenzaron a crecer rápidamente, mientras al mismo tiempo aumentaban sus poblaciones. Las economías, liberadas de los controles del mercantilismo, se tornaron hacia el *laissez-faire*, el libre mercado y el capitalismo, con efectos estimulantes sobre el esfuerzo, la iniciativa y la productividad. Si se le juzga por su capacidad para producir bienes y servicios y para sostener poblaciones en rápido crecimiento bajo condiciones de niveles de vida crecientes, el capitalismo moderno con su masivo e impresionante desempeño es único en la historia. Juzgado por sus beneficios para la humanidad, medidos según una amplia variedad de criterios —por ejemplo: duración de la vida, mortalidad infantil, prevención y curación de enfermedades, salud y vitalidad, salud pública, casa y vestuario, alfabetismo y educación, instituciones culturales (museos, galerías de arte, bibliotecas, etc.), instalaciones de recreación (parques, campos de deportes, gimnasios, piscinas, balnearios, etc.), categoría social de las mujeres, trato de los niños, movilidad social, categoría social, y riqueza de las clases obreras, movilidad internacional, elección de ocupación, publicaciones y comunicacio-

nes—, el capitalismo moderno presenta una abundancia al parecer inagotable frente a todas las sociedades previas y a todas las sociedades contemporáneas no capitalistas. Mientras en edades pasadas los bienes, ya sean culturales o materiales, estaban limitados desigualmente a los pocos, los bienes del capitalismo moderno están repartidos amplia y profundamente, beneficiando a la mayor parte de la sociedad. Por grande que fuera la belleza de las enormes mansiones y palacios del pasado —y la de su contenido (que hoy adorna los museos abiertos al público en general)— ella beneficiaba sólo a una proporción minúscula de las poblaciones que en su mayoría laboraban en la tierra, lejos de la belleza monumental, ignoradas y desconocidas, en gran parte ni siquiera documentada, agotando sus breves existencias en condiciones de vida degradantes. El esclavo, el siervo, el labrador, el artesano rural y el campesino, las poblaciones típicas y a la vez más numerosas de las edades anteriores, poseían escasos bienes y opciones limitadas en su vida: estaban presos sin esperanza en una trampa de pobreza que les aseguraba una inmovilidad casi total a un nivel de subsistencia. De tal condición los rescató el capitalismo industrial moderno. ¿Cómo, entonces, se le puede tachar de inmoral?

De hecho, ¿por qué cuando es históricamente evidente que el capitalismo le ha dado tanto a tantos, es que hay tanta hostilidad contra él, especialmente por parte de los intelectuales? Y también, ¿por qué es que esos mismos intelectuales alaban el socialismo cuando sus logros son tan inferiores a los del capitalismo? Hubo un tiempo, antes de 1914, en que el capitalismo era realidad y el socialismo era un ideal, de modo que las comparaciones entre ellos contrastaban la realidad, con sus problemas visibles, versus el ideal, con sus recompensas prometidas. Pero el socialismo es hoy tan real como el capitalismo y se puede, razonablemente, hacer preguntas acerca de sus logros. ¿Produce más riqueza que el capitalismo? ¿Distribuye la riqueza más equitativamente? ¿Ofrece a sus poblaciones más opciones de vida, mayor libertad de ocupación, más movilidad social? ¿Ofrece mayor libertad de pensamiento, de palabra, de expresión, de acción política e industrial, de conciencia y religión? ¿Hace que el pueblo sea más feliz, menos enajenado, menos violento, menos borracho, mejor educado, más culto, más saludable, más longevo y más satisfecho? ¿Son las sociedades socialistas menos codicio-

sas, menos egoístas y moralmente superiores? ¿Es el socialismo más ético, más justo, más equitativo, más imparcial y menos corrompido? ¿Es el socialismo mejor que el capitalismo ("mejor" en el sentido "moral")? Si se responde a todas estas preguntas en favor del capitalismo, sólo se demostraría que el capitalismo es "mejor" que el socialismo, no que el capitalismo es moral según cualquier patrón objetivo. Estas preguntas son interesantes desde el punto de vista práctico —¿dónde preferiría uno vivir?—, pero las respuestas a ellas no zanján definitivamente la cuestión de "la moralidad del capitalismo", o más bien, "la inmoralidad del capitalismo". Este trabajo se propone responder esta última pregunta: ¿es inmoral el capitalismo?

III

La crítica fundamentada al capitalismo se deriva de tres objeciones básicas a la economía de mercado:

- a. **es económicamente ineficiente;** se le atribuye una incapacidad para hacer frente a diversos problemas importantes tales como el crecimiento (o la depresión) a largo plazo, la inestabilidad y el ciclo económico, los grandes impactos exógenos (como las catástrofes naturales y la guerra o la revolución), los bienes y males públicos (como la contaminación) y la pobreza persistente;
- b. **es visual y espiritualmente antiestético;** se le atribuye la creación de una sociedad que ofende tanto por sus artefactos como por su calidad de vida; y
- c. **es éticamente inmoral e injusto.**

Son críticas formidables y las tres merecen atención cuidadosa. No obstante, me ocuparé aquí sólo de (c) —la objeción al capitalismo como sistema inmoral e injusto—, sin dar a entender que dicha objeción sea el argumento más importante ni el más fuerte contra la economía de mercado, y sin suponer que las tres objeciones no se interrelacionen, reforzándose u oponiéndose mutuamente. Para muchos críticos del capitalismo, por ejemplo, la ineficiencia es a la vez antiestética e inmoral, y no sólo reduce el potencial del hombre, sino que lo hace de una manera que ofende el sentido de la armonía, e incluso de la belleza. Es obvio también que la reducción

de la injusticia puede reducir la ineficiencia, y que la creación de la belleza puede ser no sólo ineficiente en el uso de los recursos, sino también promover la desigualdad de ingresos. Para muchos, corregir una ineficiencia provocando mayor desigualdad significa crear una sociedad más injusta, más bien que una economía más eficiente. Para tales personas la eficiencia es un bien de segundo orden comparado con la justicia o la igualdad, y es quizás una convicción generalizada de los opositores al sistema de mercado el que (c) siempre debe primar por sobre (a) y (b). La crítica del capitalismo que se presenta como un absoluto moral de validez incuestionable, es difícil, cuando no imposible, de refutar. Especialmente cuando implica el concepto suplementario de que, como la inmoralidad es evidente, quienes apoyan el capitalismo o bien están moralmente ciegos o son positivamente malvados y sus argumentos son sospechosos.

Sin embargo, no basta con sostener la inmoralidad del capitalismo e incluso los que creen en ella respaldan su posición con argumentos en función de los cuales se puede juzgar la cuestión de su inmoralidad. Hay dos tipos de argumento moral contra el sistema de mercado del capitalismo moderno: uno negativo y uno positivo. El argumento negativo es que el capitalismo no ha sido justificado, en lo moral, con seguridad o en forma convincente. De hecho, desde la declinación —que los historiadores jamás han explicado bien— de aquella "ética del capitalismo" que asociaba "esfuerzo económico" con "virtud moral", y, por lo tanto, "recompensa económica" con "moralidad" —con justicia distributiva— el capitalismo ha parecido inerte ante sus críticos. No sólo no ha habido una defensa eficaz de la ética capitalista, sino que más bien ha habido una retirada apologetica hacia la aceptación del argumento de su inmoralidad y una resignación casi culpable en cuanto a las supuestas injusticias del capitalismo. Para el historiador, existe una paradoja evidente que hay que explicar: "Por qué las que una vez fueron virtudes económicas, morales y cristianas se han convertido ahora en vicios inmorales y reprensibles desde el punto de vista religioso?; ¿por qué lo que las iglesias alguna vez alabaron ahora atacan?; ¿por qué lo que el empresario capitalista otrora proclamaba con orgullo ahora lo lleva a disculparse? Sin duda esta inversión de las virtudes cristianas exige una explicación y justificación. ¡Si hoy despertase

algún Rip van Winkle del siglo XVIII, pensaría que el mundo se ha convertido a alguna forma de satanismo económico! Y tal reacción se vería reforzada por un examen de la actitud liberal que tiene el mundo moderno frente a muchos otros vicios antiguos.

Los argumentos positivos contra el capitalismo se centran en sus características que, se afirma, son positivamente inmorales. Hay, según los críticos, al menos seis características de esta índole:

- a. **el capitalismo, por su misma naturaleza, conduce a la desigualdad de oportunidades y recompensas, y tal desigualdad distributiva es inmoral e injusta;**
- b. **de hecho, el esfuerzo capitalista es estimulado por motivos de codicia y espíritu adquisitivo contrarios a la ética y socialmente indeseables, que son moralmente inaceptables en una sociedad buena.**
- c. **el capitalismo satisface la demanda de los consumidores sin prestar atención a la calidad de los bienes producidos, o a los efectos sociales del consumo de dichos bienes;**
- d. **el capitalismo reemplaza con "el nexo del dinero" otras relaciones humanas más deseables en lo ético, sustituyendo el régimen de status, obligación y responsabilidad en los asuntos humanos por el "contrato".**
- e. **el capitalismo desvaloriza las costumbres y la tradición, con lo que debilita instituciones humanas establecidas y probadas, como son la iglesia y la familia y, a menudo, las destruye dejando al hombre inquieto, desarraigado y enajenado;**
- f. **el capitalismo, debido a los puntos (a), (c) y (e) recién citados, reduce las opciones efectivas abiertas al individuo, opciones relativas a la vida y a los bienes, y con esto coarta su libertad.**

Entre estas objeciones al capitalismo, muchas tienen el carácter de asertos y todas ellas deben probar su existencia histórica y su inconveniencia ética. ¿Por qué es tan evidente que la desigualdad es inmoral? La naturaleza dotó a distintos individuos con distintas habilidades, y la desigualdad es una característica inalterable de la condición humana. ¿Es, por lo tanto, inmoral? ¿Impulsan al capitalismo solamente la codicia y el espíritu adquisitivo? ¿No son variadas y complejas las motivaciones de los individuos en el mercado y no están

ellos tan preocupados del bienestar de los demás (por ejemplo, de los parientes y amigos) como del propio interés egoísta? ¿No es a menudo la búsqueda de la riqueza un medio hacia fines moralmente deseables? Y si el espíritu adquisitivo lleva a beneficios para los demás, ¿cuál es, entonces, su categoría moral? ¿Se producen los bienes del capitalismo sin consideración de su calidad ni efecto? ¿Son tan necias las personas que no hacen caso de la calidad, o no tienen ellas razón muchas veces en preferir la cantidad a la calidad? La calidad, en todo caso, es un concepto ambiguo que dificulta la comparación de bienes en cualquier momento o a través del tiempo. ¿Es, por ejemplo, un régimen de pan de centeno y cerveza mejor o peor, en términos cualitativos, que uno de pan blanco y té? ¿Son los bolígrafos mejores o peores que la pluma de ganso o la de acero? ¿Son los automóviles modernos mejores o peores que los que se construían hace cincuenta años? Y, ¿es cierto que había relaciones humanas más deseables en las sociedades pre-capitalistas o en las sociedades no capitalistas de hoy? Las características de tales sociedades eran (son), por lo general, la dependencia extrema, el servilismo de los muchos y el patronazgo de los pocos. En la medida en que existían (existen) las obligaciones y la responsabilidad, ellas tendían (tienden) a incrustarse en una jerarquía social firme con vínculos ascendentes definidos con más claridad y aplicados con más fuerza que los vínculos descendentes. Y, ¿es verdad que el capitalismo necesariamente desvalorice la costumbre y la tradición? ¿A quiénes debemos la existencia de los museos y galerías de arte del mundo? Es un aserto no demostrado que la costumbre y la tradición están debilitadas, que el capitalismo es responsable y que, en último caso, ello es éticamente reprochable. ¿Se ha debilitado la familia por la mejor condición de la mujer en el mercado laboral? Y si así fuese, ¿es ello indeseable y reñido con la ética? ¿No se había debilitado la familia por obra del Estado al usurpar éste la responsabilidad de tantas de las funciones de la familia (por ejemplo, la educación de la juventud y el cuidado de los viejos)? Y, por último, ¿es acaso efectivo que el capitalismo reduce las opciones humanas? ¿Acaso tanto la movilidad social como la existencia de una diversidad de bienes de consumo y de servicios muchísimo más variados que los de las edades anteriores, o que los de las sociedades no capitalistas de hoy, no demuestran precisamente lo contrario?

IV

Por cierto que respuestas tan breves a críticas sostenidas con tanta fuerza no lograrán convencer a quienes se aferran a sus opiniones con un fervor moral inalterable. Pero muchos de los que critican el capitalismo, ¿no estarán animados por motivos distintos que la pasión por una sociedad buena y moral? O, por lo menos, ¿no estarán sus motivos teñidos por algunas otras consideraciones?

¿Cuál es, en el hecho, el status moral de los críticos del capitalismo? En la oposición al capitalismo operan también motivos menos elevados que la indignación moral. Y si bien las críticas que se citan más arriba son "respetables", hay otros motivos que tienen escasa estatura moral y algunos pueden clasificar como abiertamente inmorales o contrarios a la ética. Estos otros motivos se pueden dividir en cinco grupos que se caracterizan por la envidia, la pereza, el egoísmo, los irreales "anhelos milenaristas" y el historicismo que cree en la destrucción inevitable del capitalismo. Cada uno de estos motivos, cuando se le examina de cerca, revela una curiosa mezcla de ingenuidad, hipocresía, racionalización y alarde moral:

a. Difícilmente la **envidia** es un sentimiento noble. Al contrario, es inquietante, produce ira, resentimiento e insatisfacción. En consecuencia, es destructiva y no constructiva en sus efectos. Se desarrolla y se nutre con el bombardeo de información sobre la desigualdad y su injusticia. Es la antítesis de la antigua virtud de la humildad y tiene una motivación distinta. Podría engendrar respeto por los logros y la determinación de emular con esfuerzo y ambición, pero, tal como ahora se la estimula, conduce al convencimiento de que el logro y la recompensa superior son consecuencia de la desigualdad, de la astucia o de la suerte, y que sólo se puede vencer mediante la redistribución.

b. La **pereza** refleja una falta de disposición a elegir y a aceptar las consecuencias de la elección. Es, tal vez, una reacción razonable ante los riesgos. Sin embargo, fundamentalmente es convertida en un sentimiento anticapitalista que defiende la conveniencia de aceptar las decisiones sociales y no individuales y la superioridad de la elección colectiva, porque ésta trasciende el egoísmo personal en interés del "público". Sin embargo, al no aceptar el problema y la responsabilidad de la elección,

el individuo está disminuyendo su capacidad para elegir y para aceptar la responsabilidad.

c. El egoísmo, y no la convicción moral, motiva a muchos de los críticos del capitalismo. La crítica se hace con la esperanza de cambiar o reformar el capitalismo de tal manera que los críticos se beneficien, ya sea en ingreso o en poder. Estos críticos esperan ser la élite de una nueva sociedad. Entre ellos se cuentan los intelectuales, quienes siempre han mirado con resentimiento el éxito y las recompensas de los hombres de negocios y que están convencidos de que sólo ellos por su intelecto superior y su conciencia moral tan sensible son capaces de gobernar a la sociedad. Estos críticos, por lo tanto, están asegurándose su lugar apropiado bajo el sol. Su crítica es instigada por puro interés propio.

d. Los "anhelos milenaristas" por una utopía mueven tanto al idealista como al revolucionario. Ellos buscan el milenio, quizás nacido de la violencia purificadora de una revolución, en donde todos los entuertos quedarán corregidos y se creará la sociedad buena. Tales sueños no sólo carecen de realismo, sino que siempre parece que pasan por alto los costos reales de la revolución en cuanto a sufrimiento humano y en cuanto suponen que el fin siempre justifica los medios, por ingratos que éstos sean.

e. El historicismo, la creencia de que la historia ocurre de cierta manera, de que la historia es un drama en el que los actores son autómatas, carentes de libre voluntad o independencia de acción, atrapados en una red de fuerzas sociales incontrolables, induce a ciertos críticos del capitalismo a suponer la inevitabilidad de la destrucción del capitalismo. Tal creencia acepta el desamparo del hombre. Es una visión enteramente negativa de la situación humana que contrasta incómodamente con los hechos históricos, con su rico tejido de individuos y sus logros. En verdad es tan carente de realismo que huele a ambición, al deseo de hacer la historia y no comprenderla.

¿Cómo juzgar la moralidad de aquéllos cuya crítica al capitalismo deriva, directa o indirectamente, consciente o inconscientemente, en parte o totalmente, de los motivos recién descritos? En primer lugar, cabe destacar que la mayoría de los críticos se inspiran en ambos conjuntos de motivaciones, de modo que los argumentos fundados en la moralidad se atropellan con los argumentos basados en el interés propio o en la envidia. Esto

es especialmente cierto en el caso de los críticos más vociferantes y persistentes del capitalismo, los intelectuales, cuya pasión declarada por la moralidad está teñida de tanto interés propio y cuya visión de la historia es tan a menudo historicista o apocalíptica, que no es posible convencerse de la pureza del compromiso que tienen con algo que no sea su interés propio. Pero, dejando de lado a los intelectuales, cuesta encomiar la conducta de cualesquiera críticos cuyas acciones están determinadas, del todo o en parte, por motivos tales como la envidia. Es posible que una persona tenga a la vez indignación moral e interés propio, pero inevitablemente su indignación moral resultará sospechosa. Lo mismo ocurre con la envidia y la pereza, con el milenarismo y el historicismo. Por supuesto, quienes apoyan el capitalismo, a menudo también lo hacen en aras de su interés propio, pero en general no están incentivados por los otros cuatro motivos ya descritos. Al contrario, es probable que los mueva más la ambición que la envidia, más la laboriosidad que la pereza, más la realidad que los sueños utópicos, más el libre albedrío que el determinismo. Y, ¿no son estas motivaciones más dignas, más "morales"? En segundo lugar, cabe señalar nuevamente que los críticos del capitalismo dependen de motivos que otrora fueron reprochables, pero que hoy se aceptan como respetables. La pereza y desligarse de la responsabilidad por los actos propios fueron en un tiempo inmorales y rotundamente condenados. Hoy se los considera determinados por la sociedad y constituyen una justificación razonable de pasiones como la envidia. Es otro ejemplo de la transformación de "la antigua moral", que ayudaba a ayudarse a sí mismo en "la nueva moralidad" de la dependencia.

V

Pero, ¿qué hay de la moralidad del capitalismo? Ella reside esencialmente en el alcance que el capitalismo da al desarrollo del individuo y de sus talentos. Este desarrollo depende en parte de la gama de oportunidades de vida que ofrece una sociedad, y en parte del estímulo que dan al desarrollo personal las recompensas por el esfuerzo, la iniciativa, la destreza, la imaginación y la habilidad. Depende también de la riqueza y desarrollo de una economía y de sus instituciones sociopolíticas.

Cuanto más elevado el desarrollo, mayor será la división del trabajo, más altos los niveles de vida y más amplias las opciones de vida para todo individuo, siempre que tales opciones no sean coartadas por controles políticos arbitrarios. El capitalismo ha demostrado que es "el gran proveedor", el más exitoso entre los sistemas económicos, el de los niveles de vida más elevados del mundo. También es menos probable el control político arbitrario bajo el capitalismo que bajo sistemas alternativos. Hasta tal punto documenta la historia que el capitalismo ha estado estrechamente vinculado con los sistemas políticos democráticos, que se ha podido sostener que tal asociación es necesaria y que "capitalismo y libertad" son interdependientes y marchan juntos. No obstante, la combinación de oportunidades y recompensas que ofrece el capitalismo lleva inevitablemente a la desigualdad distributiva y ofrece así a los críticos del capitalismo un conflicto de valores morales que no puede resolver. Mientras mayores sean las oportunidades disponibles y mientras más igualitariamente se las distribuye, tanto más seguro es que se desarrollarán las diferencias naturales de capacidad y que se producirá desigualdad distributiva. El sistema de mercado del capitalismo conduce tanto a la desigualdad del desarrollo como a la desigualdad de distribución. Dichas desigualdades han despertado una curiosa reacción en los críticos del capitalismo, quienes, luego de argumentar en favor de las oportunidades para el desarrollo, encuentran difícil condenar rotundamente las desigualdades de desarrollo. Por eso clasifican estas desigualdades en categorías deseables e indeseables, unidas a las recompensas correspondientes. El talento artístico, por ejemplo, que se cría con cuidado —a menudo a expensas del sector público— y que produce una marcada desigualdad de desarrollo y recompensas elevadas, es aceptado como socialmente deseable por gente que al mismo tiempo sostiene que las altas recompensas del talento empresarial o gerencial son inmerecidas e incluso inmorales. Tales actitudes encierran la hipocresía de la superioridad cultural y la envidia del que tiene un menor éxito. Con todo, la moralidad de la desigualdad distributiva exige justificación.

Esta justificación reside en la conveniencia de estimular el desarrollo individual vinculando el esfuerzo a la recompensa, y en la conveniencia de la libertad de elegir. Sobre este último punto, J.S. Mill sostiene que el

ejercicio de la elección es esencial para el desarrollo cabal del individuo: "Verse impedido de hacer lo que uno quiere, o de actuar según el propio criterio respecto a lo que es deseable, no sólo es siempre molesto, sino que siempre tiende, por tanto, a debilitar el desarrollo de alguna parte de las facultades corporales o mentales, sensitivas o activas; y a menos que la conciencia del individuo acompañe libremente la restricción legal, participa, en mayor o menor medida, de la degradación de la esclavitud". Durante la mayor parte de la historia, la facultad de elegir estuvo estrictamente limitada a una minoría poderosa: existían tantas restricciones sobre la mayor parte de las actividades, que para la mayoría servil no fue necesario hacer elecciones conscientes de alguna magnitud o importancia; la vida estaba demarcada por la costumbre y la obligación. El capitalismo, en cambio, condujo no sólo a una proliferación de bienes y empleos, sino que a la necesidad de elegir. La necesidad de elegir se convirtió en el signo común de todos los hombres en el mercado; y junto con la elección surgió una amplia diversidad en el desarrollo y la responsabilidad. ¿No es una filosofía retrógrada, sin duda, la que sostiene que la elección y la responsabilidad deben ser ahora reducidas por una economía planificada y controlada por el gobierno? Y es una filosofía peligrosa, porque parece que las restricciones que se imponen sobre la elección de bienes o de empleos van invariablemente asociadas con restricciones a las ideas, a los productos de la mente.

Respecto a las recompensas, es falta de realismo en cuanto a las motivaciones humanas creer que el desarrollo está desvinculado de las recompensas, y que los individuos van a pugnar por desarrollar sus talentos sin la perspectiva de recompensa por el esfuerzo y el desarrollo exitoso. Una sociedad buena —una sociedad moral— es aquélla en que el individuo puede desarrollar todo el potencial de sus capacidades innatas. Si tal potencial es sofocado, pierden tanto el individuo como la sociedad. La capacidad creativa, en particular, es escasa y hay que alimentarla con cuidado, y si el resultado de ese cuidado es la desigualdad distributiva, sin duda que él lo vale. Tales capacidades, como también lo señaló J.S. Mill, son "la única fuente de todo progreso verdadero". ¿Se puede sostener que el desarrollo de semejantes capacidades es inmoral o injusto? Ya se analizó el problema básico de decidir lo que es moral o ético, pero

la opción práctica está en aceptar "las injusticias aleatorias del mercado" o bien "la injusticia impuesta" de una burocracia. El mercado, sin embargo, tiene muchas virtudes, aun si uno acepta la inmoralidad de la desigualdad distributiva; y la burocracia tiene muchos vicios, y no el menos importante de ellos es la arbitrariedad de las limitaciones impuestas sobre la elección individual, con el consiguiente ahogo del desarrollo individual. Como escribió J.S. Mill: "Las personas comprenden mejor su negocio y sus propios intereses, y los atienden más de lo que lo hace el gobierno o se puede esperar que haga. Esta máxima vale en la mayor parte de los asuntos de la vida, y dondequiera que tenga validez debemos condenar cualquier clase de intervención gubernamental que se oponga a ella". La moralidad del capitalismo está en que permite que el individuo maneje sus propios asuntos en su propio interés. El principio fundamental del capitalismo es la autosuficiencia de la autodeterminación individual en las creencias y la conducta, como la mejor base de la política económica. Si uno cree en la moralidad de la libertad, uno tiene forzosamente que creer en la moralidad del capitalismo.

Nota: Este trabajo se escribió en un lapso muy breve, sin el aparato académico habitual de bibliografía y notas al pie de la página. El autor reconoce que consultó solamente a un autor, J.S. Mill, y quisiera concluir, tal como comenzó, con una cita de ese autor:

"La conducción de una gran parte de los asuntos de la sociedad debe dejarse en manos de las personas que tienen un interés inmediato en ellos. Los asuntos de la vida son parte esencial de la educación práctica de un pueblo, sin la cual la instrucción escolar y la lectura, si bien muy necesarias y saludables, no bastan para prepararlo para la conducción ni para la adaptación de los medios a los fines. La instrucción es sólo uno de los desiderata del perfeccionamiento mental; otro, casi tan indispensable como ella, es el ejercicio vigoroso de las energías activas; el trabajo, la inventiva, el criterio, el dominio de sí mismo; y el estímulo natural de ellos en las dificultades de la vida . . . En cuanto seres prácticos, nos corresponde liberar la vida humana del mayor número posible de dificultades . . . Pero puesto que la necesidad de contar con talento activo y criterio práctico en los asuntos de la vida sólo puede disminuir y no, ni aun en el supuesto más favorable, desaparecer, es importante que esas dotes se cultiven no sólo entre un reducido número de elegidos, sino entre todos, y que ese cultivo sea más variado

y completo que el que la mayoría de las personas puede encontrar en la estrecha esfera de sus intereses meramente individuales. Un pueblo en el cual no existe el hábito de actuar espontáneamente en el interés colectivo, que comúnmente espera que su gobierno lo mande o lo guíe en materias de preocupación común, que espera que todo se le haga, salvo lo que puede convertirse en asunto de mero hábito y rutina, tiene sus facultades a medio desarrollar; su educación es deficiente en una de sus ramas más importantes".